

análisis del platonismo hasta filósofos locales. Trabajos sobre educación popular, instrucción y relaciones con estructura social e ideología, abordan enfoques multidimensionales. Domínguez releva los distintos grupos de trabajos y las áreas clásicas o nuevas de problemas planteados. Une éstos a los presentados en 1994 en Tucumán y a otras expresiones de la producción científica. Pone de relieve el desplazamiento del *escenario nacional* hacia espacios geo-demográficos *locales, provinciales, regionales*. Pero ello supone el riesgo de la desarticulación entre lo macro y micro (en el sentido espacial) construyendo análisis insuficientes. Otro déficit es la ausencia de *latinoamericanidad* en la historiografía, resuelta por vía de superposiciones y no de integraciones o estudios comparados. También Domínguez señala críticamente el tema de la *temporalidad* y, apoyándose en Narodowski, resalta el uso casi excluyente de periodizaciones macro-políticas. Igualmente merece su crítica la persistencia de concepciones, temáticas y problemas que por tradicionales se anquilosan. Pero rescata los esfuerzos de algunos especialistas por la problematización de la historia, la multidimensionalidad de lo educativo y la necesidad de la reconsideración del objeto de estudio.

*Consideraciones finales:* recapitula la producción expresada a través de programas, estudios preliminares y ponencias y producción científica, valorándolas como «expresión» de los problemas que atraviesan la Historia de la Educación. El texto se completa con: Anexo I (informa sobre las Instituciones cuyos Programas fueron analizados y síntesis de sus objetivos); Anexo II (síntesis de los estudios preliminares de las dieciséis obras generales en uso). El libro agrega una bibliografía de un centenar de autores utilizados.

*Comentario final:* el texto reseñado expone la síntesis de una ambiciosa investigación aplicada que sugiere un doble diagnóstico: el de la enseñanza y el de la investigación en Historia de la Educación. Quizá en el primero se vislumbren los déficits más importantes. Y quizá porque el segundo no se vincula tanto a aquel. Las Jornadas de Historia de la Educación, nacieron en Luján en 1986, con los profesores asistiendo con sus programas para analizar sus concepciones y formas de trabajo. Las ponencias sobre investigaciones fueron desplazando esta temática. Quizá el mismo ámbito pueda ser el medio de suturar investigación y docencia, con el desarrollo de la primera para el enriquecimiento crítico de la segunda.

ROQUE ESTEBAN DABAT  
Quilmes (Argentina)

CAVALLO, G. y CHARTIER, R. (comp.)

Historia de la lectura en el mundo occidental

Editorial Taurus, Colección Pensamiento, Madrid, 1997, 585 págs.

Es posible sostener que existen formas de control y delimitación de los discursos<sup>1</sup>. Entre los procedimientos internos que ordenan políticamente la producción, circulación y recepción, el comentario es uno de los más importantes. Éste tiene por función orientar el juego de las interpretaciones, habilitar la repetición y la transmisión y regular, desde el interior, la permanencia de los textos dentro de una tradición. Si nos planteamos cuál es la economía semiótica del comentario y su vinculación con el texto que le da origen, podemos responder que el desfase entre el texto comentado y su glosa no es estable ni constante, llegando incluso a tornar incierta la distinción entre el texto primero y el derivado. El comentario permite siempre decir otra cosa pero con la condición de que sea ese mismo texto el que lo diga. Sin embargo, y a pesar del declarado interés por ligar el comentario del modo más fiel, tal vez resulte tan inevitable como productiva la apropiación de los enunciados ajenos, siempre que se reanuda la palabra a partir de la propia enunciación.

Ante la complejidad, riqueza y extensión del conjunto de temáticas, épocas y enfoques que contiene el libro *Historia de la lectura en el mundo occidental* de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier solo intentaremos en este comentario señalar algunos recorridos, marcar unos pocos itinerarios, enfatizar una que otra cuestión que nos ha parecido central o que simplemente merece atención. Abandonamos desde ya toda pretensión de exhaustividad y nos rendimos ante la evidencia de la imposibilidad de resumir o tan siquiera apresar en nuestra lectura la significación histórica de la lectura occidental.

Desde comienzos de la década del 80, los estudios acerca de la lectura se han sucedido en forma ininterrumpida, dando lugar a nuevas perspectivas teóricas, permitiendo el uso de diferentes enfoques metodológicos, recuperando repertorios textuales poco frecuentados, habilitando el surgimiento de nuevas comunidades de lectores como objeto de estudio y provocando, en última instancia, la emergencia de un nuevo canon y de inéditos protocolos de interpretación.

Este interés por entender el proceso de construcción del sentido plasmado en formatos impresos ha encontrado eco tanto en la especificidad de la teoría y la crítica literaria, en sus versiones estructuralistas, postestructuralistas y retóricas; en la semiótica; la antropología, especialmente cuando se articula con el análisis histórico; las diversas perspectivas filosóficas, desde la radicalidad de la intervención deconstructiva, pasando por la mirada fenomenológica, hasta las diversas posturas hermenéuticas. Pero es particularmente en la centralidad de los enfoques históricos donde el estudio contemporáneo de la lectura encuentra un espacio de gran potencia analítica.

En esta dimensión de los estudios históricos sobre la lectura, el conjunto de artículos compilados por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier dan lugar a un libro de

excepcional calidad. No puede dejar de mencionarse, como uno de los tantos méritos de este libro, la inusual combinación de erudición crítica con información variada y bien balanceada, fuertes y polémicas hipótesis que tornan visible la complejidad del objeto de estudio y la heterogeneidad de los puntos de abordaje, una completa bibliografía sobre el tema, junto con un estilo ensayístico de escritura que sumerge en el texto al lector, quien es atrapado por el encanto de la lectura, y lo invita a experimentar el placer de leer un libro inolvidable.

El libro abarca un proceso de larga duración que explica las transformaciones operadas sobre las prácticas de lectura y sobre los lectores. Los distintos autores han podido reconstruir la singularidad de los modos de leer en las sociedades occidentales durante casi tres milenios. Esta historia es entendida como una reconstrucción de los modos de utilización, comprensión y apropiación de los textos, haciendo hincapié en la materialidad de los mismos y en las particularidades de las distintas comunidades de lectores, las diferentes tradiciones de lectura y los modos de leer.

Los criterios de periodización se delimitan a partir de la antigüedad grecorromana hasta nuestros días, sin dejar de insinuar un destino posible para la lectura en el siglo XXI. Atienden a la especificidad de la historia de la lectura, en íntima conexión con una historia de lo impreso, del libro y en el contexto más amplio de la historia cultural. Por otro lado, el desarrollo histórico de la lectura se sitúa en el cruce entre las lenguas antiguas y las modernas, dentro de un conjunto importante de las literaturas europeas cultas y populares, no dejando escapar prácticamente ningún formato textual, como así tampoco los más disímiles perfiles de lectores y comunidades de interpretación. Sin embargo, la pretensión de abarcar todo el marco geográfico de una historia de la lectura en occidente se debilita al poner de manifiesto la llamativa ausencia de estudios o indicaciones importantes sobre el devenir de la lectura en América.

El marco analítico utilizado por los autores integra los más modernos aportes de la teoría de la lectura con la perspectiva historiográfica. De esta manera, la concepción de la lectura que fundamenta la indagación histórica parte de la premisa hermenéutica, propuesta por Paul Ricoeur<sup>2</sup>, de que es en la lectura en donde el texto cobra sentido y adquiere eficacia. Dado que la significación no está previamente inscrita en el texto, sin distancia entre el sentido asignable por el texto, el autor, la crítica o la tradición y el uso o la interpretación que cabe hacer por parte de los lectores. En cuanto a estos últimos, se los trata a partir de la noción de 'comunidades de interpretación', categoría acuñada por Stanley Fish<sup>3</sup> para dar cuenta del mundo del lector en su dimensión colectiva, el cual se define como un conjunto de competencias, trayectorias interpretativas, usos, códigos e intereses. Si bien se acuerda que no hay significado anterior al acto de lectura, y en este sentido la posición del lector se vuelve fundamental, no por eso se deja de aclarar que el sentido del texto sólo cobra existencia histórica en la articulación con el horizonte de expectativas —en el sentido de Jauss<sup>4</sup>— que gobierna históricamente la recepción. Por último, pero no de menor importancia es el señalamiento respecto de que es en la

materialidad de su soporte y en la especificidad de sus formatos donde los textos cobran vida.

En la introducción los compiladores dan cuenta de los principios metodológicos asumidos, los cuales indican como condición de posibilidad para una historia de la lectura la reconstrucción previa de una historia del libro. Esta última localiza las traducciones culturales de las diferencias sociales y para ello ha remarcado la desigual presencia del libro en los diferentes grupos sociales. Si bien, tal constatación cuantitativa es necesaria no llega a ser suficiente cuando de lo que se trata es de indagar sobre las prácticas lectoras. Para ello, precisan los autores, es necesario

«...partir de la circulación de los objetos y de la identidad de las prácticas, y no de las clases o grupos (...) Para cada una de las 'comunidades de interpretación' así identificadas, la relación con lo escrito se efectúa a través de las técnicas, los gestos y los modos de ser. La lectura no es solamente una operación intelectual abstracta: es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción en un espacio, la relación consigo mismo o con los demás. Por ello, en el presente libro, se ha prestado una atención muy particular a las maneras de leer que han desaparecido o que por lo menos, han quedado marginadas en el mundo contemporáneo»<sup>5</sup>.

El texto se inaugura con la reconstrucción de los modos de leer en la Grecia arcaica y clásica realizada por Jesper Svenbro en su artículo titulado «La Grecia Arcaica y Clásica. La invención de la lectura silenciosa». En el mundo griego la concepción y las prácticas de la lectura no dejan de estar bajo la influencia del pensamiento platónico. En este registro filosófico, la escritura es siempre sospechada de poner en peligro la verdad del logos. En la medida en que la escritura abre la circulación de los textos porque fija y perpetúa el sentido y deja la interpretación por fuera del dominio del autor, la lectura —en tanto actualización de lo escrito— requiere estrategias de control que restrinjan la diseminación del sentido, producto de la democratización cultural de las polis griegas. Por eso, en la Grecia clásica, la lectura era preferentemente lectura vocal, en voz alta, íntimamente asociada a la vida en común y regida por la regulación del diálogo y por modos de interpretación que distinguían la lectura por placer de la lectura profesional, la lectura rápida y con fines informativos de otra intensiva que recorre prolijamente el texto en procura de captar el espesor del sentido.

No obstante, la democratización de las polis permitió la expansión de la alfabetización. El uso y la amplia difusión del libro se extendió a otros grupos sociales conjuntamente con la popularidad obtenida por el teatro. Svenbro nos dice que:

«...los griegos parecen haber sabido leer en silencio (...) el manejo frecuente de grandes cantidades de texto abrió la posibilidad de una lectura silenciosa en la Antigüedad, silenciosa y por tanto rápida (...) Técnica reservada a una minoría, claro está, pero una minoría importante en la que se hallaban desde luego los poetas dramáticos»<sup>6</sup>.

Y es precisamente en las obras de los trágicos y los cómicos donde hallamos los testimonios más remotos de la invención de la lectura en silencio. La aparición de la lectura orientada hacia la intimidad de uno mismo, de una lectura solitaria, sin una inmediata finalidad de comunicación, puede ubicarse en el siglo V a. C. en el *Hipólito* de Eurípides y en *Los caballeros* de Aristófanes. Tales indicios llevan a postular que fue en Grecia donde la lectura silenciosa surgió, a pesar del impedimento que suponía la *escriptio* continua pero es recién en el siglo VII d. C. cuando la lectura silenciosa se volverá predominante.

En cuanto a la difusión de lo impreso fue también en Grecia, durante el período helenístico, donde se organizan las primeras grandes bibliotecas de Occidente. Estas eran universales porque comprendían a los textos de la totalidad de las lenguas conocidas y estaban destinadas a la conservación de los libros de todos los tiempos y eran también racionales porque estaban organizadas de forma tal que los libros seguían una clasificación sistemática. La biblioteca de Alejandría fue el modelo de la Antigüedad y tenía por función no la lectura masiva sino la acumulación de lo impreso y la consulta de unos pocos eruditos y hombres de letras.

La historia de la lectura en Roma está a cargo de Guglielmo Cavallo, quien en su artículo «Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano» destaca fuertemente el surgimiento de un público lector surgido de la expansión de la alfabetización durante la época del Imperio. En efecto, todas las fuentes parecen indicar que

«...la formación de un auténtico público lector que en cuanto tal, ya no estaba limitado a circuitos localizables sino que resultaba anónimo y desconocido por los autores (...) aunque estaba limitado a Italia, ya gozaba de consistencia en la época de Augusto, y se hace mucho más numeroso, variado y extendido por todo el territorio del Imperio hacia finales de la época julio-claudia y aun más a medida que la hegemonía sociopolítica y cultural de Italia comienza a debilitarse respecto de las provincias, y cuando autores y lectores, gracias a una acentuada movilidad étnica y social, emergen de las clases medias y de las ciudades de provincia. En la entusiasta visión de los literatos de aquel tiempo, sus escritos, a través de los libros, se difundían hasta los confines del mundo. El público lector, sin embargo, representaba una minoría: ni millones, ni siquiera centenares de miles, tal vez no más de algunas decenas de miles en los mejores tiempos»<sup>7</sup>.

En cuanto a las modalidades de lectura lo más habitual era leer en voz alta. La lectura podía ser directa, a través de un tercero o ante un auditorio. Para el caso de la poesía se estilaba la lectura a dúo o en coro y de esta forma se parecía a una especie de canto y la lectura de un texto literario se confundía con la interpretación de una partitura musical.

A la pregunta acerca de qué leían los romanos puede sostenerse que, hasta el siglo III de nuestra era, los materiales de lectura revestían la forma del rollo. Estos habían sido importados de Grecia junto con las bibliotecas privadas, la filosofía y la

retórica, durante la época de las grandes conquistas militares. Pero a partir de la fecha mencionada se consolida el códice como libro de contenido literario. El códice rápidamente suplantó otros formatos impresos y fue desde un comienzo el medio de escritura utilizado por los cristianos cuando decidieron confiar al libro la difusión de su doctrina religiosa. Aparentemente a la amplia difusión del códice no le siguió inmediatamente un cambio importante en los modos de leer. Tal es el caso de los cristianos que, aunque habían adoptado el códice de un modo absoluto, lo seguían leyendo en forma tradicional. Los leían en comunidad y los hacían circular a un público integrado mayoritariamente por nuevos lectores de cultura media e incluso baja que, como vimos, aparecen en la época imperial y entre cuyos lectores el cristianismo tenía un gran número de prosélitos.

La Edad Media encuentra un tratamiento profundo y erudito organizado en cuatro artículos que abarcan «La Alta Edad Media» a cargo de Malcolm Parkers, «El modelo escolástico de lectura» desarrollado por Jacqueline Hamesse, «La lectura en los últimos siglos de la Edad Media» por Paul Saenger y el estudio de Robert Bonfil sobre «La lectura en las comunidades hebreas de Europa occidental en la época medieval».

De acuerdo al desarrollo histórico formulado por Parkers, dos fueron las notas distintivas de la lectura durante la Alta Edad Media. La primera de ellas fue la convicción de que la lectura era la vía de acceso a la espiritualidad cristiana. Dentro de esta concepción es leyendo la Biblia como el cristiano entra en comunión con Dios. El estímulo para la lectura pasa a ser entonces la salvación del alma y la finalidad es alcanzar la sabiduría a través de la meditación. Esta función espiritual de la *lectio* monástica se jugaba en la correcta interpretación del nuevo canon católico. La exégesis cristiana encuentra su máximo exponente medieval en San Agustín quien consideraba que el proceso de desciframiento hermenéutico de las alegorías era parte intrínseca y primordial en el acceso a la verdad divina contenida en los textos sagrados.

La segunda transformación importante, ocurrida a partir del siglo VI, fue la difusión de la lectura silenciosa. Si bien, como ya hemos visto la lectura silenciosa no es un invento medieval sino de la Grecia clásica, es durante este período que, de la mano de la lectura católica, este modo de leer se vuelve cada vez más preferido. Esto obedece a la convicción de que leyendo para uno mismo, en la soledad del claustro, no se molesta a los demás y se neutraliza así el esfuerzo físico de la lectura a *sotto voce*, todo lo cual potencia la reflexión individual de la lectura entendida como *meditari literas*. La lectura silenciosa también llamada *ruminatio* por ser un 'alimento del espíritu' era una forma de lectura intensiva, lenta, realizada sobre un corpus restringido de textos, regular, meditada y espiritual, practicada en la vida monástica durante toda la Alta Edad Media.

Pero no solamente fueron razones prácticas las que promovieron la lectura en silencio sino que también esta nueva actitud está relacionada con un cambio fundamental hacia la naturaleza de la palabra escrita. Comienza a percibirse a la expresión escrita como una manifestación autónoma de la lengua respecto del registro

oral. La palabra escrita comienza a ser mirada y no ya escuchada. Además, como la escritura había desempeñado un papel crucial en la conservación de las tradiciones de la Iglesia y se la consideraba como el medio de transmisión de las autoridades antiguas, cada vez menos se la entendía como un simple registro de la palabra hablada.

Esta nueva concepción acerca de lo escrito fue básicamente desarrollada por los amanuenses celtas y germanos que vivían en los límites o por fuera del imperio de la lengua romana. Ellos percibían con claridad que el latín comenzaba a ser una lengua visible y se dieron a la tarea de copiar los textos católicos en las lenguas vernáculas. Esta ardua tarea supuso operaciones textuales complejas tales como la traducción, la uniformidad ortográfica, la combinación de letras mayúsculas con minúsculas, el abandono de la *scriptio* continua y la adopción de criterios morfológicos para la separación de las palabras; clarificaron la puntuación introduciendo nuevos signos, inventaron la letra mayúscula para inicializar el comienzo del párrafo, entre otros tantos importantes procedimientos que sentaron las bases de una nueva gramática de la legibilidad.

La lectura escolástica es objeto de análisis por parte de Jacqueline Hamesse. Esta nueva forma de leer significó una transformación profunda en la historia de la lectura y se caracterizó por el uso de un corpus textual cada vez más amplio, la memorización, la apelación a las fuentes antiguas como citas de autoridad, la inserción de la lectura —la lección— como práctica específicamente pedagógica e instrumento básico en la enseñanza, la discusión y el comentario usados como modalidad de estudio universitario, una nueva organización de lo escrito a partir de criterios de búsqueda, clasificación, distribución y resumen de los contenidos en índices de diversos tipos, sumas, florilegios, enciclopedias, compilaciones y manuales, la idea de que la lectura ya no es la vía de acceso a la sabiduría sino al saber y por lo tanto posee una utilidad práctica, una cierta rentabilidad que sobre todo a partir del siglo XIII será la finalidad principal del acto de leer.

Al exponer las razones de su desaparición ocurrida a partir del siglo XIV, la autora realiza una evaluación crítica del modelo de lectura escolástico; dice así:

«La meditación de la Sacra Scriptum fue reemplazada por el examen, con frecuencia superficial, de otros textos consignados por los programas docentes. En la mayoría de los casos, los universitarios ya no leían por placer sino con el objetivo de adquirir los elementos indispensables de una cultura utilitaria (...) El arte de la discusión se impuso sobre el conocimiento profundo de los textos. La memoria muy desarrollada de los estudiosos medievales les ayudó a no consultar las obras originales, sino a utilizar únicamente extractos seleccionadas por otras personas. El método de trabajo cambió. En muchos casos la creatividad personal dejó paso a una composición muy estructurada, encerrada en unos marcos muy estrictos y en unas expresiones escolásticas enteramente típicas»<sup>8</sup>.

Y más adelante, Hamesse explica la reacción contra la lectura escolástica sosteniendo que los humanistas se dedicaron a buscar los textos de la Antigüedad clásica

para volver a ponerlos en circulación, haciendo prevalecer la *ratio* sobre la *autoritas*. Esta mutación intelectual conjuntamente con la introducción de la imprenta, el crecimiento de las ciudades, la democratización de la enseñanza y la aparición del lector burgués fueron algunas de las causas del cambio que se iría a producir a partir del Renacimiento, pero que ya estaba anunciado por el agotamiento del modo de leer propio a la época escolástica.

La profundización del análisis acerca de las transformaciones provocadas por el advenimiento del Humanismo es realizada por Anthony Grafton. La crítica que los lectores humanistas hacían contra los protocolos de lectura escolásticos consistía en la acusación respecto de que los sabios medievales habían leído un conjunto canónico de autoridades de manera uniforme pese a las diferencias de origen y contenidos de las obras. Este orden de lectura escolástico se logró a partir de la estructuración de un conjunto de marcos paratextuales y la elaboración de nuevos criterios de organización de lo escrito, llevados a cabo en el contexto de un complejo entramado de instituciones educativas. Así, según denunciaban los humanistas, se desaconsejaba de hecho la lectura de los propios textos, porque lo que los comentaristas se habían propuesto no era explicar el texto en sí mismo, sino actualizar su contenido para volverlo acorde con los intereses ideológicos del catolicismo y controlar y preservar el sentido de los textos de posibles interpretaciones heréticas. Por el contrario, los lectores humanistas exigirán el derecho a leer sin intermediarios, afirmando que los glosadores escolásticos habían distorsionado sistemáticamente el sentido original de los textos. La libertad de interpretación trajo consigo una articulación inédita entre política y cultura y constituyó el rasgo más sobresaliente del horizonte de expectativas humanistas, en momentos en que los intelectuales europeos consideraron por última vez a los libros como la principal fuente de datos e ideas.

Este retorno a la Antigüedad clásica produjo el surgimiento de un nuevo campo de lectura humanista que estaba conformado por hombres de letras urbanos quienes preferían diversas lecturas. Unas se hacían en el interior del estudio o la biblioteca privada y tenían por finalidad la instrucción. El caso paradigmático lo constituye Maquiavelo, quien al leer a los filósofos grecolatinos mantenía con ellos un foro de discusión. A veces, en cambio, se leía por puro disfrute, por distracción y para poder evadirse de la realidad circundante. Sirva como ilustración de este tipo de lectura el ejemplo que nos ofrece Grafton a propósito del poeta:

«Petrarca nunca parecerá más moderno que en la famosa carta de su ascensión al monte Ventoux, en la que cuenta cómo llevaba consigo su ejemplar de bolsillo de las Confesiones de san Agustín para consultarlo en la cima»<sup>9</sup>.

Paralelamente surgen, durante el Renacimiento, circuitos de lectura y lectores populares. Roger Chartier es quien se encarga de reconstruir esta red textual integrada por una comunidad de lectores muy distintos a los intelectuales humanistas. Se trate de un campesino italiano como Menocchio<sup>10</sup> o de un grupo de labradores, comerciantes y artesanos en Cuenca<sup>11</sup> al parecer todos, tanto las clases nobles como

las populares leían con avidez un nuevo género discursivo que se imponía en el gusto literario: la novela de caballería. El acercamiento a lo impreso se favoreció por la aparición de un mercado popular en donde y debido a la acción comercial de los libreros se pudo ofrecer al público —a muy bajo costo y con formatos legibles y acordes con la competencia lectora y las expectativas culturales— gran cantidad y variedad de literatura, dentro de la cual los romances, la literatura de cordel y los libros de la *Bibliothèque bleue* fueron los más aceptados.

Pero no solo el campo de lectura estaba poblado por nuevos perfiles de lectores sino que también circulaban en él otros formatos textuales. La novedad radica en que los libros impresos irán desplazando inexorablemente a los antiguos manuscritos. Y a éstos se los imprimirá bajo una revolucionaria concepción estética para el tratamiento y la presentación de lo gráfico. El libro se convierte en la primera obra de arte que se verá alterada profundamente por la reproducción técnica. De ahora en más, será apreciado como un objeto precioso, como una posesión personal, el punto de intersección entre la cultura y el estilo individual.

La democratización de la lectura, que provocó la creciente alfabetización y la circulación masiva de lo impreso gracias a la invención de la imprenta, se radicalizó aún más a partir de la Reforma Protestante. Es ya un lugar común entre los historiadores el sostener que el éxito de las ideas luteranas se debió en gran medida a la imprenta. Jean Francois Gilmont, en su erudito artículo, polemizará con esta opinión al matizar el impacto que tuvo la imprenta. Al respecto dice:

«...útil será recordar que la eclosión de la Reforma coincidió con una revolución en los medios de comunicación. El descubrimiento de Gutenberg modificó las condiciones del movimiento de las ideas, acelerando la circulación de los textos y reduciendo el coste de cada copia. Pero no conviene magnificar el impacto inmediato del invento en una sociedad todavía analfabeta en gran medida. Además, el nuevo arte no cobró conciencia de su originalidad sino a través de una lenta gestación de casi ochenta años»<sup>12</sup>.

Sin duda, y a pesar de estas precauciones a la hora de formular interpretaciones tajantes, resulta evidente que como una de las preocupaciones principales de los reformadores era la traducción de los textos religiosos a las lenguas vernáculas, esto implicaba que escribir para el pueblo suponía escribir en la lengua del pueblo. El caso de las cuatrocientas reediciones de la Biblia reformada y traducida al alemán, durante la vida de Lutero, es un contundente ejemplo de la propagación imparable de las nuevas ideas religiosas a través de lo impreso y de la convicción de que era necesario disponer de prensas para afirmar la nueva identidad religiosa. Gilmont nos aclara que la única excepción a esta regla fue la pesada maquinaria instalada por la Inquisición española que logró, sabido es a qué precio, impedir de modo eficaz la entrada de los libros heréticos en la península.

Los protestantes preconizaron el principio de la Scriptura sola, que nada tiene que ver con el libre examen, sino más bien con la posibilidad política de recusar las

interpretaciones canónicas católicas. Y esto se ve confirmado con la concepción que tenía Lutero respecto de la educación. Para él, la cuestión no pasaba por el libre acceso del pueblo a la cultura mediante la lectura, antes bien el objetivo pedagógico era la formación de una elite dirigente. A pesar de ello, el libre acceso a la Biblia generaba lecturas peligrosas y es el caso de los anabaptistas quienes se aferraron a las lecturas más radicales de las sagradas escrituras y rechazaron de plano cualquier intervención autoritaria en materia de interpretación. Para contrarrestar estos riesgos, los protestantes combinaron la lectura con la predicación como una forma de indicar la exégesis verdadera. Tras verse desbordados por los fieles, los reformadores se tornaron prudentes y aunque fomentaban la lectura, ésta se realizaba sobre libros sencillos (misales y catecismos) conservando el control de la interpretación doctrinal. Mas a pesar del dispositivo de control, nuevas e inesperadas consecuencias trajo la democratización de la lectura. Conviene destacar dos: la familiaridad y el uso cotidiano del libro. Segundo, la autoridad de la escritura dada por la concepción de que lo escrito era garantía de autenticidad y que, por lo tanto, el libro era en sí mismo un memorial cuya audiencia trascendía la época de su autor.

Entrado el siglo XVIII, este lento y complejo proceso de construcción de la cultura letrada, que como venimos analizando se remonta desde el Renacimiento, se vuelve hegemónico e inaugura una época de oro para el libro. La hegemonía de lo letrado tendrá su momento de mayor expansión a finales del siglo XIX cuando al decir de Martyn Lyons:

«...la primera generación que accedió a la alfabetización masiva fue también la última en considerar al libro como un medio de comunicación que no tenía que rivalizar ni con la radio ni con los medios de comunicación electrónicos del siglo XX»<sup>13</sup>.

La interrogación que atraviesa el excelente artículo de Reinhard Wittmann es si efectivamente puede afirmarse que hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII. Dicho en otros términos, la discusión que mantienen actualmente los estudiosos versa sobre un modelo explicativo que concibe este cambio secular como el paso revolucionario entre la lectura intensiva a la extensiva. Autores como Rolf Engelsing<sup>14</sup> sostienen que a lo largo del siglo XVIII se produjo una 'revolución lectora' por la cual la lectura repetitiva, intensiva, sobre un pequeño canon común de textos en su mayor parte de temática religiosa se ve sustituida por un comportamiento lector extensivo que pone de manifiesto de un modo moderno, laicizado e individual, el consumo de un material más variado con miras al entretenimiento privado.

Polemizando con esta interpretación Roger Darnton, en su maravilloso análisis<sup>15</sup>, postula que simultáneamente al cambio en los modos de leer hacia una forma extensiva, comenzaba a gestarse una 'manía lectora' que consistía en devorar una y otra vez el mismo libro y en la fascinación por unos pocos autores de culto. Entre

ellos, la figura de Rousseau y el vínculo pasional con sus lectores, que dio origen a la sensibilidad romántica, es el ejemplo más impactante.

Interviniendo en la discusión acerca del surgimiento de la lectura moderna, Wittmann –siguiendo las tesis de Habermas sobre el ‘cambio estructural de lo público’– hace los siguientes señalamientos:

«La identidad burguesa se forma, por tanto, al hilo de la creación de una nueva esfera a-cortesana de lo público, que se desarrolló como una ‘esfera de las personas privadas convertidas en público’ que pone en tela de juicio el monopolio interpretativo y de información de las autoridades estatales y eclesiásticas, a nuevas estructuras antifeudales de comunicación e intercambio (...) Ningún otro medio podía recoger mejor esta función que la palabra escrita. La cultura impresa y la literatura se convirtieron en campo de práctica del autoconocimiento y del raciocinio. Con ello el libro y la lectura pasan a identificarse como otros valores de la conciencia pública; la lectura, para la que la burguesía reserva por fin el tiempo y el poder adquisitivo necesarios, desempeña ahora una función emancipadora y se convierte en fuerza productiva social: elevaba el horizonte moral y espiritual, convertía al lector en un miembro útil de la sociedad, le permitía perfeccionar el dominio de las tareas que se le asignaban, y servía además al ascenso social. La palabra escrita se convirtió, con ello, en detentador burgués de la cultura (...) Sólo el cambio más general de mentalidad ocurrido en el siglo XVIII permitió que destacara la capacidad de la letra impresa de ‘efectuar una penetración sustancial de la vida subjetiva del lector’. Precisamente porque el libro reproducido mecánicamente podía ser leído con mayor automatismo (...) creaba una tensión que entregaba al nuevo lector en cuerpo y alma al fantástico mundo del libro. Pero para eso se requería una premisa sustancial: la alfabetización»<sup>16</sup>.

Según consigna Lyons en su interesante y lúcido artículo, en el siglo XIX el público lector del mundo occidental se alfabetizó. Este proceso de alfabetización masiva alcanzaba a un 30 % de las mujeres y cerca de la mitad de la población masculina en la Francia revolucionaria. Hacia 1850, en Gran Bretaña un 70 % de los hombres y un 55 % de las mujeres sabían leer. En el Imperio alemán, un 88 % de la población estaba alfabetizada en 1871. Si bien estos índices de alfabetización variaban notablemente al comparar el medio urbano y las capitales, prácticamente alfabetizadas en su totalidad, por oposición a los entornos rurales más atrasados, no deja de ser contundente la cifra del 90% de alfabetización –tanto para hombres como para mujeres– alcanzada alrededor de 1890 en los principales países europeos.

Los sujetos privilegiados de las campañas masivas de alfabetización fueron los niños, la escuela como escenario institucional y la pedagogía moderna nacieron de la mano de la lectura y ligadas íntimamente a la invención de la infancia. Las reformas educativas de Ferry en Francia y la Ley de Educación de 1870 en Inglaterra fueron los primeros instrumentos legales que habilitaron la educación pública europea, centrada en la escuela primaria con mandato de universalidad. La expansión de la escuela fue en sus comienzos penosa y difícil: muchas no tenían mesas ni li-

bro, a menudo ni siquiera había propiamente una clase, los maestros recibían las más de las veces sus honorarios que pagaban los propios padres de los alumnos. La falta de personal docente idóneo fue solucionada con la implementación del método de educación mutua que llegó a ser el más popular.

Estrechamente vinculados con el surgimiento de un público lector formado por niños y adolescentes aparecieron una literatura específica compuesta básicamente por novelas, cuentos, manuales escolares y la adaptación de la literatura popular medieval a versiones infantiles, editoriales especializadas en pedagogía y literatura infantil (tal es el caso de la editorial francesa Hachette), autores como Perrault, Verne, y los hermanos Grimm, por citar sólo algunos nombres célebres, hicieron las delicias del nuevo público infantil.

Junto con los niños conformaban el nuevo público moderno las mujeres y los obreros. El caso de las mujeres es especialmente interesante porque dieron lugar a la consolidación de la novela como género literario consagrado y legitimaron la lectura por puro placer. El público femenino leía con avidez las novelas amorosas editadas en forma de folletines baratos que la prensa suministraba periódicamente. Esta manera de circulación de la literatura unida con la masiva lectura de los diarios hizo de la prensa el principal medio de comunicación del siglo XIX. En cuanto al consumo literario que hacían los obreros, no deja de ser llamativo que el ‘Capital’ de Carlos Marx, en su edición de 1872, al igual que las novelas de Dickens, fuesen masivamente leídas en las entregas semanales que traían los periódicos.

Retomando el tema de la lectura proletaria varios fueron los factores que permitieron el ingreso de los obreros a la lectura. En primer lugar y como ya dijimos, la alfabetización masiva y el pasaje por el sistema escolar. La proliferación de bibliotecas populares, que aunque tenían por fin, al igual que la escuela el disciplinamiento y el control ideológico, no dejaron por ello de provocar, al mismo tiempo que incluían a los obreros en el mundo letrado, una resistencia cultural hacia las lecturas impuestas por la burguesía. La disminución de la jornada de trabajo y la chance de tener un tiempo de ocio destinado a la lectura. El abaratamiento de los libros y los consumos lectores fomentados por la prensa. La instalación de redes eléctricas de alumbrado público en las grandes capitales que ampliaron el tiempo para leer y dieron cabida a la lectura nocturna. Y por último, un nuevo imaginario cultural, propio del capitalismo, que instalaba a la lectura en el centro de la ética de la automejora y el progreso personal. Este discurso sobre los beneficios de la lectura interpelaba por igual a burgueses y proletarios. Pero buena parte de estos últimos aceptaron el desafío cultural en la medida en que se les ofrecía el instrumento para elaborar y difundir la ideología política de la clase obrera.

La historia de la lectura en el mundo occidental concluye con el artículo de Armando Petrucci, quien suministra un informado panorama del estado de la lectura a nivel mundial y asigna un porvenir seguro para la lectura futura, a pesar de no dejar de remarcar la profunda crisis que se abate sobre la lectura a finales del siglo XX. El debilitamiento de la lectura ahora relevada en su misión de transmisión cultural por la televisión, la sustitución del libro, como fuente privilegiada de informa-

ción, por los sistemas informáticos, la digitalización de los códigos que altera sustancialmente la estructura semiótica de los lenguajes y los protocolos de interpretación, las permanentes crisis de las empresas editoriales, la disminución del público lector y la crítica radical al canon literario, entre otros tantos contundentes argumentos, llevan a concluir que nuestra época asiste a la clausura de la hegemonía de la cultura letrada y el anuncio de un nuevo orden de lectura configurado por los discursos audiovisuales.

ADRIANA DE MIGUEL  
Buenos Aires (Argentina)

## Notas

- 1 FOUCAULT, M. *El orden del discurso*, Editorial Tusquets, Cuadernos Marginales 36, Barcelona, 1987.
- 2 RICOEUR, Paul. *Temps et récit*, Editions du Seuil, Paris, 1985 (hay edición en español)
- 3 FISH, Stanley. *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge (Mass.) y Londres, 1980.
- 4 JAUSS, H. *Experiencia estética y hermenéutica literaria*. Ed. Taurus. Madrid. 1986. *Pour une stetic de la reception*, Gallimard, Paris, 1987.
- 5 CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (comp.) *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Taurus, Colección Pensamiento, Madrid, 1998, pág. 15.
- 6 CAVALLO y CHARTIER, *op. cit.*, pág. 79.
- 7 *op. cit.*, pág. 103-4.
- 8 *op. cit.*, pág. 182-3.
- 9 *op. cit.*, pág. 209.
- 10 GINZBURG, Carlo. *El queso y los gusanos. El universo de un molinero del siglo XVI*, Muchnik, Madrid, 1981.
- 11 CHEVALIER, Maxime. «El público de las novelas de caballería» en *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976.
- 12 CAVALLO y CHARTIER, *op. cit.*, pág. 332.
- 13 *op. cit.*, pág. 476.
- 14 ENGELSING, Rolf. *Der Bürger als Leser. Lesergeshichte in Deutschland, 1500 - 1800*, Stuttgart, Metzler, 1974.
- 15 DARNTON, Roger. «Los lectores le responden a Rousseau. La invención de la sensibilidad romántica» en *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- 16 CAVALLO y CHARTIER, *op. cit.*, pág. 441-2.

KUHLMANN, M., Jr.

Infancia y educación infantil. Un abordaje histórico

Mediação, Porto Alegre, 1998

Este es un libro que interesará a todos aquellos preocupados por la educación de la infancia. El autor, privilegiando la época de transición del siglo XIX al XX, indaga en los orígenes de las instituciones de educación preescolar, pues aspira a mostrar a quienes forman educadoras y educadores para preescolar, a los estudiantes de los cursos de pedagogía y a los que se interesen en el tema, que el estudio del pasado puede suscitar reflexiones que sirvan a quienes trabajan con la infancia y a su educación actualmente, contribuyendo con su formación y perfeccionamiento profesional.

El libro reúne un conjunto de textos que Moysés Kuhlmann Jr. ha presentado en congresos, conferencias y cursos durante los últimos ocho años, los que han sido revisados, actualizados, y algunos concluidos, para esta publicación. Esta construcción del texto permite su lectura en forma conjunta o el abordaje de alguno de sus capítulos independientemente. Se efectuará, consecuentemente, una breve reflexión sobre cada uno de ellos, para destacar luego algunos aspectos que nos parecen relevantes para la historiografía de la educación latinoamericana.

En el primer capítulo *Infancia, historia y educación*, se realiza un relevamiento de bibliografía e investigaciones sobre la historia de la infancia y su educación. Diferentes perspectivas se articulan para un tratamiento que intenta el abordaje de la problemática, no sólo desde el ámbito exclusivamente educacional y escolar. En esta búsqueda el autor va distinguiendo aportes bibliográficos, nacionales e internacionales de: la sociología; la historiografía inglesa, francesa, norteamericana; la historia del discurso pedagógico; los aportes provenientes del campo de las mentalidades y la psico-historia. Del relevamiento de los resúmenes de los programas de postgraduación en Historia de Brasil, entre 1985 y 1994, le ha permitido localizar 6 tesis de doctorado y 36 de maestrando, cuyo tema central tenía alguna relación con la infancia, y detectar que las indagaciones refieren a tres campos —la historia de la asistencia, de la familia y de la educación—.

El capítulo 2: *Asistencia y Pan-Americanismo: el día de la niñez y la conmemoración del descubrimiento de América*, comienza a situarnos en la complejidad de la aproximación al tema que aquí se intenta. El autor efectúa un abordaje crítico de aquellos elementos que en el marco de la política del pan-americanismo condujeron al Brasil y a otros países americanos a integrarse al movimiento de glorificación y progreso, propios de la civilización moderna. Destaca que en este contexto la institucionalización de una fecha conmemorativa en homenaje de los niños «significaría algo propio de un mundo civilizado y permitiría fomentar la idea de fraternidad americana entre los niños» (pág. 44), sosteniendo que la asociación de infancia, sociedad moderna y Nuevo Mundo, dio el tono a la cuestión del pan-americanismo. El autor resalta que fue en el ámbito de los Congresos Pan-americanos de la Niñez, discutiendo temas tales como la